

APÉNDICE

IMPOTENCIA DE LA ANTIGÜEDAD PARA CURAR POR SUS PROPIAS FUERZAS LAS DEBILIDADES QUE SUFRÍA

¿En qué medida pudieron influir benéficamente en la moralidad de los antiguos el culto y lo que á la idea de religión pertenece? He aquí una cuestión que trataremos someramente aquí, dejando para otro lugar la solución exacta y precisa. Por el momento, ved á qué vamos á limitarnos. Es un hecho claro é innegable que la religión de los griegos, considerada simplemente como religión natural, en su esencia y en su origen, no sólo contenía muchos elementos que eran inmorales en sentido negativo, esto es, que no descansaban en ninguna base moral, sino que encerraba también elementos que podían y debían favorecer la inmoralidad de una manera positiva.

Sin embargo, no puede desconocerse que entre los griegos había una fe muy viva en esta verdad; que en todas sus relaciones dependía el hombre de otros seres más elevados, cuya autoridad, aunque no se considerase como respondiendo á la sublimidad moral de su estado y á la idea de la Santidad Divina, no era menos un gobierno justo, moral, regulado por la sabiduría, la justicia y la bondad. Los dioses eran semejantes á los hombres, y, por consiguiente, imperfectos, pero eran divinos en grados distintos. Si no siempre obraban por motivos morales y verdaderamente divinos, era sólo por excepción á la regla, perturbaciones aisladas y pasajeras en su situación. Aun los que se habían formado la idea más pobre de aquellas divinidades, no dejaban de estar convencidos de que sus rela-

ciones con el mundo y la humanidad tenían por fundamento la sabiduría, la justicia, la bondad, y de que no se podía participar de sus favores de una manera persistente, si no se tenían sus mismos sentimientos de piedad, si no se estaba conforme con los mandamientos del derecho y de la moral que habían predicado á los hombres, y que los hombres llevaban escritos en su corazón. Es indudable que no había en el Estado ninguna doctrina religiosa que tuviera la misión pública de conservar y de alimentar semejante creencia. No había sino costumbres, que, en su mayoría, no estaban basadas en ninguna idea moral, y que, por lo tanto, no podían favorecer la moralidad. Los que querían luces sobre los dioses y sobre las cosas divinas debían dirigirse á los que eran capaces de comunicarlas, como sucede siempre en cualquiera otra materia de enseñanza. Con preferencia se dirigían á los poetas, á los maestros ó á los iniciados en la sabiduría. Y si es cierto y reconocido por todos que había entre ellos muchos que pensaban realmente en el sentimiento religioso, y lo enseñaban y se esforzaban por conducir al verdadero objetivo, esto es, al temor de Dios y á la piedad, á la fe purificada de ideas capciosas é ilusorias; también es verdad que enfrente de aquéllos obraban otros de manera diametralmente opuesta, no pudiendo detener en definitiva la profunda decadencia moral del paganismo ni todos los esfuerzos juntos de los mejores y más ilustrados espíritus. ⁽¹⁾

Rica por demás en actos religiosos era la vida de los griegos, y, mirados por este lado, merecían ser llamados pueblo eminentemente religioso. Si hubieran sido sinónimas las palabras religioso y moral, hubieran sido un pueblo eminentemente moral, pero, aun reconociendo en ellos eminentes cualidades morales, difícilmente llegan sus admiradores, ni aun los más fervientes, á adjudicarles ese epíteto sin restricción alguna.

No son raros entre ellos los espíritus eminentes que por su grandeza moral merecen nuestro respeto; pero el pue-

(1) Schœmann, *Griechische Alterthümer*, 1855, I, 113 y sig.

blo, considerado en masa, deja aparecer sombras muy oscuras al lado de aspectos llenos de luz, sombras que no nos permiten elogiarle por una moralidad singular. Desgraciadamente, encontramos muchas huellas de inmoralidad y de impiedad en las manifestaciones exteriores de verdadera virtud y de piedad, cuya aparición es para nosotros estímulo que nos anima y nos llena de regocijo. El egoísmo y la falta de caridad, llevados hasta un odio mortal y una inhumanidad insultante, son fenómenos que se encuentran con muchísima frecuencia, ya en las guerras de Estado contra Estado, ya en las luchas interiores en que se desgarraron los partidos. La lealtad y la probidad se encuentran con frecuencia en las relaciones privadas al lado de la infidelidad, del fraude y de la astucia. En fin, su vida está frecuentemente manchada de vicios, y de vicios contra la naturaleza, que provienen de su desenfrenada sensualidad, vicios que, si no son aprobados, son, á lo menos, tolerados con indulgencia culpable.

Si, á pesar de todo, no negamos al pueblo griego el dictado de religioso, confesamos también que la inmoralidad era muy propia de su religión, y que, por lo menos, no tuvo fuerza para ejercer sobre la estabilidad moral de la vida benéfica y purificadora influencia. Y no hay que extrañarse. No podía tener esa fuerza su religión, porque en su origen no fué dirigida por ese lado; además, no podía obtenerla, porque no podía renegar de su origen. ⁽¹⁾

Dejábase ya sentir en la diversidad de pueblos que formaban el imperio romano la necesidad de una religión; al desaparecer la independencia de aquellos pueblos, habían perdido todo su valor y toda su importancia intrínseca las regiones nacionales. En realidad, no sólo había sido trasplantado á extrañas tierras el sistema religioso greco-romano del pueblo dominador, no sólo humeaban desde el Tigris hasta el Báltico los altares de Júpiter Capitolino, sino que aquel mismo sistema se había apropiado los cultos principales de los demás pueblos. Y si no se propaga-

(1) Schœmann, *Griechische Alterthümer*, II, 116 y sig.

ron todos tan considerablemente como los cultos de Isis y de Mithra, dan, sin embargo, testimonio de la tolerancia de que gozaban los demás cultos, al lado del culto romano, los altares de las divinidades bárbaras levantados en las provincias más lejanas, quedando todo reducido á ceremonias vulgares que se conservaban gracias á las fiestas y á los regocijos públicos.

Prueba de la poca confianza que inspiraban las antiguas divinidades fué la precoz extinción de los oráculos; y la indiferencia con respecto á los nombres de los dioses demuestra que sólo se honraba una idea de la soberanía y del poder divino, una idea tal cual se encontró originariamente como base de las religiones de todos aquellos pueblos, pero idea que, ante la influencia de la diversidad de caracteres nacionales, se había fraccionado gradualmente en toda aquella turbamulta de producciones politeístas. Se puso entonces todo empeño en reducir aquellos mitos á una idea única, se los quiso representar bajo formas de divinidades, y unificarlos, fundiéndolos juntos. Pero tenían que ser infructuosas aquellas extrañas tentativas. Sea que pretendiera la imaginación de los poetas darles significación simbólica en sus combinaciones accidentales, sea que quisieran atribuir á sus antiguos mitos, sencillísimos en sí, la importancia de una idea religiosa, según las necesidades de la causa, todo aquello debía fracasar.

Como lo vemos en Macrobio y en los Neoplatónicos, esos esfuerzos panteístas muestran claramente la tendencia del espíritu de una época que se inclina á un monoteísmo transcendental, y que se esfuerza en vano por hallar satisfacción en una religión que le había transmitido la historia.

Ahora bien; como el Cristianismo satisfacía precisamente todas estas necesidades, colmó en lo porvenir este vacío moral que no había podido llenar, ó que había llenado incompletamente, la antigua religión.

Aparecía el hecho tanto más evidente en aquella época cuanto que la desaparición y la mezcla de todos los Esta-

dos particulares con sus costumbres y con sus derechos propios habían dejado ver mejor al hombre como individuo, al mismo tiempo que habían quitado todos los límites impuestos antes á su actividad por la nacionalidad y por la voz pública. Eminentemente apropiado el carácter del pueblo conquistador para regular las relaciones jurídicas exteriores de la vida individual con leyes conformes á la naturaleza de las cosas, deja al hombre sin recursos para las exigencias interiores de la moralidad. De este modo, con ventaja para el progreso de la humanidad, se justificaba aquella división del derecho civil y del derecho moral, proclamando el valor personal del hombre, cualquiera que fuese su condición civil, y por la posibilidad que se concedía á las exigencias de la moralidad para poder penetrar en los pueblos que hasta aquel momento se habían burlado de ella, ateniéndose á los usos sancionados por las costumbres públicas.

Sin embargo, faltaba todavía á aquel mundo interior del sentimiento moral una legislación que respondiera suficientemente al mundo constituído exteriormente según derecho.

Es verdad que quedaba la filosofía, y no puede negarse que el nuevo estoicismo, que participaba algo del Cristianismo, como participan de Sócrates los sofistas, trató de llenar aquellas necesidades, como lo hizo el Cristianismo, y á veces, con los mismos medios que él. Apareció entonces, por un lado, aquel aislamiento vanidoso á que convidó al hombre en nombre de las virtudes cristianas de humildad y caridad, pero estaba en contradicción directa con ellas. Por otra parte, á aquellas leyes morales tomadas aisladamente, faltaba la sanción divina, capaz de dar al Estoicismo el mismo carácter positivo que da al derecho humano. De este modo, hubiera sido accesible á los que no eran filósofos, y hubiera sido además protegido contra las dudas del escepticismo. El rigor sistemático que había experimentado recientemente con Sexto Empírico, muestra por demás que, juntamente con las diferentes for-

mas de Estado, moría de consunción el espíritu humano, y que no podía extenderse más su círculo de actividad, sino en más elevados dominios, en los de la Revelación. Además, hacía mucho tiempo que había abandonado aquella filosofía el espíritu de su fundador. Hija de los esfuerzos del espíritu del hombre, aspirando siempre á la libertad individual y á la mayoría de edad, sin haber podido resucitar aquel espíritu, cuando poco á poco iba desapareciendo, era en absoluto incapaz de crear una nueva forma en lugar de la forma fracasada, no siendo ella misma sino pura forma. Degenerando en mera exterioridad y en quimérico dogmatismo, á pesar del nombre de filosofía que llevaba, no pudo resistir á una Religión, que no sólo basaba su forma y sus dogmas en una autoridad superior, sino que adaptaba admirablemente todas sus enseñanzas al espíritu que entonces dominaba.

En tanto que había estado en oposición con el mundo exterior la vida de la individualidad, á los ojos de los hombres había tenido valor para ofrecer, en aras de la idea de libertad, los sacrificios reclamados por el Estado. Pero cuando perdió su importancia la vida pública, cuando se convirtió en algo vulgar, despertóse de nuevo la necesidad de adherirse á lo universal, á una idea. Y como nada parecido ofrecía el Estado, sintióse la necesidad de una Religión que, reconociendo completamente la dignidad individual del hombre y la sanción divina que preside á esa dignidad, abrió los ojos para mirar á más elevado fin, con cuya participación encontraría el hombre su propia dignidad, puesto que se había librado ya de las cadenas de la idea del antiguo Estado. La burguesía universal del Estoicismo no tenía más base que su misma cabeza; era incompleta y no se ocupaba en los demás; el imperio universal romano hacía también del hombre el servidor absoluto de otro hombre. Sólo una Religión universal, una república espiritual, fundada sobre la igualdad de todos ante Dios, y sobre el mandamiento de la caridad mutua, pudo atender á la necesidad moral de hacerse independiente del

mundo exterior, y comenzó de manera irresistible su manifestación.

Y lo mismo que exteriormente se sentía la necesidad de un estado universal como cuerpo, sentíase la necesidad de una religión como alma de ese cuerpo. Pero sólo el Cristianismo podía ofrecer un punto de reunión, como lo exigía, de un lado, el poder de la conciencia individual, y de otro, el sentimiento de la debilidad también individual. La doctrina del perdón de los pecados y del dogma de la inmortalidad del alma, satisficieron de un solo golpe todos los deseos manifestados en las ceremonias siempre crecientes de los misterios, en las más variadas expiaciones, lo mismo que en todo el misticismo de la época precedente. Dieron al mismo tiempo á los partidarios del Cristianismo toda la fuerza de inmolación con que habían apuntalado su grandeza todas las repúblicas de la antigüedad.

Así se explica cómo, después de la fusión de todo el mundo civilizado, penetrados todos los pueblos del mismo espíritu, y de las mismas necesidades, pudo el Cristianismo obtener en menos de tres siglos, tan magnífico desarrollo.

Contribuyeron, sin duda, á aquel resultado la dispersión de los judíos, después de la ruina de su capital, y los cambios frecuentes de tropas que trasplantaron al Occidente tantas ceremonias de la religión oriental; pero nada pudo hacer arraigar aquellas ideas tanto como el Cristianismo, que no poseía más suelo que el corazón humano. Fué acogido con solicitud en las más humildes esferas, especialmente por los esclavos, á quienes compensaba de todas las humillaciones de la vida con la igualdad en la comunidad; por los sabios y eruditos, á quienes abría nuevos horizontes, proporcionándoles nueva materia de estudio; por las clases elevadas, á quienes aseguraba la tranquilidad que habían buscado en vano en las expiaciones y en las consagraciones de las religiones orientales. Y lo fué particularmente por la mujer, á la cual llega por la sua-

vidad y delicadeza de sus doctrinas; por la mujer, que lo comunicó á las generaciones siguientes por medio de la educación materna. ⁽¹⁾

(1) Hermann, *Culturgesch. der Griechen und Roemer*, II, 188 y sig.